

VELADA CUARTA.

EL CONDE.

Me acuerdo de un escrúpulo del Caballero; ha sido preciso durante mucho tiempo hacer como que no se pensaba en ello; porque hay en los diálogos de la naturaleza de los nuestros, verdaderas corrientes, que nos arrastran á nuestro pesar: no obstante, es preciso volver de nuevo á la cuestion.

EL CABALLERO.

Muy bien he conocido que divagábamos; pero estando la mar perfectamente tranquila y sin peligro, no careciendo por otra parte ni de viveres ni de tiempo, y como tampoco teníamos (lo que me parece el punto esencial) nada que hacer en nuestras casas, no tenia mas placer que descubrir pais. Por lo demas, puesto que quereis volver á la cuestion, no he olvidado, que en nuestra segunda Velada, una palabra que digisteis sobre la oracion, me causó cierta incomodidad despertando en mi imaginacion, ciertas ideas que mas de una vez la habian fascinado: recordadme las vuestras, os lo ruego.

EL CONDE.

Ved aquí, cómo ó por que llegué á hablaros de la oracion. Siendo todo mal un castigo, resulta que ningun mal puede ser mirado como necesario, puesto que puede evitarse. El orden temporal es en este punto, como en otros muchos, imájen de un orden superior. No habiéndose hecho precisos los castigos

mas que por los crímenes, y siendo todo crimen ó delito el acto de una libre voluntad, resulta que todo castigo podia evitarse, pues que podia no cometerse el crimen. Añado, que aun despues de haberse cometido, puede todavia evitarse el castigo, de dos modos; porque desde luego los méritos del culpable ó tambien los de sus antepasados pueden equilibrar su falta; en segundo lugar porque sus fervientes súplicas ó bien las de sus amigos pueden desarmar al soberano.

Una de las cosas que la filosofía no cesa de repetirnos, es la de que es preciso guardarnos de hacer á Dios semejante á nosotros. Admito la advertencia en tanto que acepte ella á su vez, la de la religion, de que nos hagamos semejantes á Dios. La justicia divina, puede ser considerada y estudiada en la nuestra, mucho mas de lo que creemos. ¿No sabemos que hemos sido creados á imájen de Dios y no nos está mandado que trabajemos para llegar á ser perfectos como él? Comprendo bien que estas palabras no deben ser tomadas al pie de la letra, pero nos enseñan siempre, lo que somos, puesto que la mas pequeña semejanza con el ser Supremo, es un titulo de gloria, que ninguna imaginacion es capaz de concebir. No teniendo la semejanza nada que ver con la igualdad, no hacemos mas que usar de nuestros derechos glorificándonos por esta misma semejanza. El mismo se ha llamado nuestro padre, y el amigo de nuestras almas (1). El hombre Dios nos ha llamado amigos suyos, hijos suyos y tambien hermanos suyos; (2) y sus apóstoles no han dejado de repetirnos el precepto de ser semejantes á él. No hay pues la menor duda, acerca de esta augusta semejanza; pero el hombre se ha equivocado doblemente respecto de Dios; tan pronto lo hace igual al hombre, prestándole nuestras pasiones; y tan pronto por el contrario, se ha engañado de una manera mas humillante por su naturaleza, negándose á reconocer los rasgos divinos de su modelo. Si el hombre sabe descubrir y contemplar sus obras, no se engañará juzgando á Dios por su criatura querida: basta juzgar por todas las virtudes, es decir, por todas las perfecciones contrarias á nuestras pasiones, perfecciones de las que todo hombre es susceptible, y que nos vemos obligados á admirar en el fondo de nuestros corazones por lo mismo que nos son estrañas (3). Y no

(1) Sap. XI. 27.

(2) Pero solamente despues de su resurreccion, en cuanto al titulo de hermano: es una advertencia de Bourdaloue en un fragmento que nos ha dejado sobre la resurreccion.

(3) Los salmos presentan una buena leccion contra el error contrario, y esta leccion prueba la verdad: «Habeis hecho alianza con el ladron, y con la adúltera; vuestra boca rebosaba malicia. Habeis hablado contra vuestro hermano, contra el hijo de vuestra madre, y habeis creído despues crimi-

os dejéis engañar por las teorías modernas, sobre la inmensidad de Dios, sobre nuestra pequeñez, y sobre la locura que cometemos, queriéndole juzgar por nosotros mismos; bellas frases, que no tienden á exaltar á Dios, y sí á degradar al hombre. Las inteligencias, no pueden diferir entre sí, mas que en perfecciones, del mismo modo que las figuras iguales, no pueden diferir sino en dimensiones. La curva que describe Uranus en el espacio, es la misma que la que encierra bajo su cáscara, al polluelo de colibri diferente sin duda inmensamente. Estrechad todavía la segunda, hasta el átomo, abrid ó ensanchad la otra en el infinito, y serán siempre dos elipses, que representareis ó demostrareis en la misma fórmula. Si no hubiese ninguna relacion y ninguna semejanza real, entre la inteligencia divina y la nuestra, como ¿hubiera podido unirse la una á la otra, y como ejerciera el hombre aun despues de su degradacion, un imperio tan sorprendente sobre las criaturas que le rodean? Cuando al principio de las cosas dijo Dios: *hagamos el hombre, á nuestra semejanza*, añadió en seguida: *y que domine sobre todo lo que respire*; ved ahí el título original de la investidura divina; porque el hombre no reina en la tierra, sino porque es semejante á Dios. No temamos nunca que elevándonos mucho debilitemos las ideas que debemos tener, de la inmensidad divina. Para poner ó colocar el infinito entre dos términos, no hay necesidad de humillar al uno; basta con elevar ó ensalzar al otro sin límites. Imágenes de Dios en la tierra, todo lo que tenemos de bueno se le parece; y no creeriais vos, cuan propia es esa sublime semejanza, para iluminar una multitud de cuestiones. No os admireis, si tanto insisto sobre este punto. No tengamos pues ninguna repugnancia en creer y en decir, que se ruega á Dios, como se ruega á un soberano, y que la oracion ó súplica tiene en el orden superior, como en el otro, el poder de conseguir gracias ó dones, y de evitar los males: lo que puede aun estrechar, el imperio del mal hasta unos límites imaginables.

EL CABALLERO.

Es preciso que os lo diga francamente. La cuestion que acabais de discutir, es una de aquellas, en que sin hallar en mi imaginacion ninguna negativa formal, (porque me he formado en esta clase de materias una teoría general que me preserva de todo error positivo), no percibo, sin embargo, los objetos sino de una manera confusa. Nunca me he burlado de mi párroco, cuan-
almente que yo me semejaba á vosotros.» (Salm. XLIX. 18-22) Era preciso obrar y creer de otra manera.

do amenaza á sus feligreses con el granizo ó la niebla, porque no habian pagado el diezmo: no obstante, observo un orden tan invariable en los fenómenos físicos, que no comprendo bien, de que manera las oraciones ó súplicas de esos pobres hombres pudieran tener alguna influencia en estos fenómenos. La electricidad por ejemplo, es necesaria en el mundo, como el fuego y la luz; y puesto que no puede dejar de haber electricidad ¿como dejaria de haber trueno? El rayo es un meteoro como el rocío; el primero es terrible para nosotros, ¿mas que le importa á la naturaleza que no tiene miedo de nada? Cuando un metereologista está seguro por una série de observaciones exactas, que deben caer en un punto ó país cualquiera, tantas pulgadas de agua por año, se echa á reir al concurrir á las rogativas públicas para la lluvia. No lo apruebo; pero á que ocultaros, que las chanzas de los físicos me causan un cierto mal estar interior, del que recelo tanto menos cuanto que quisiera desecharlo. Todavía mas; yo no quiero argumentar contra las ideas admitidas; pero sin embargo ¿será preciso orar ó rogar para que el rayo se civilice, para que los tigres se amansen ó domestiquen; y para que los volcanes no sean mas que iluminaciones? El siberiano pedirá al cielo olivos, y el *klukwa* el Provensal (1). ¿Pues que dirémos de la guerra, asunto eterno de nuestras súplicas ó de nuestras acciones de gracias? En todas partes se clama por la victoria, sin poder quebrantar la regla general, que la adjudica á los mas numerosos batallones. ¿La injusticia bajo los laureles arrastrando en su séquito al sano derecho vencido y despojado, no viene todos los dias á importunarnos, con sus insoportables *Te deum*? Buen Dios! ¿Qué tiene que ver la proteccion celestial, con tantos horrores que he visto tan de cerca? Cada vez que esos cantares de la victoria han herido mis oidos, y aun cada vez que he pensado en ellos.

Continuamente viendo los ladrones nocturnos,
 Que en el fondo del valle, sin tambor y sin ruido:
 Con discrecion provistos de sables y escaleras
 Asesinan de un golpe cinco ó seis centinelas:
 Que despues escalando los muros de la aldea,
 Donde el pobre habitante dormia sin cautela
 Llevan á sus moradas hasta hierro y las llamas,
 Asesinan maridos, deshonoran á las damas,
 Estrellan á los niños, y hartos ya de maldades
 Beben el vino ageno cercados de cadáveres:
 La mañana siguiente, los llevan á la Iglesia,
 Para dar á Dios gracias de una tan noble empresa,

(1) Pequeña bahía, encarnada ó roja, en donde se hacía en Rusia, dulces, y una bebida ácida, sana y agradable.

Cantándole en latin, su digna cantinela;
Que en la ciudad, ardiendo, nada hicieran sin él,
Que violar no se puede, ni arrastrar á la tumba,
Ni quemar las ciudades si Dios no nos secunda.

EL CONDE.

Ah! mi querido Caballero, ya os he cogido. Citais á Voltaire. No soy tan severo que os quiera privar del gusto de recordar de paso algunas palabras felices que destilan de esa pluma brillante; pero lo citais como autoridad, y esto no lo consiento.

EL CABALLERO.

Oh! mi querido amigo; sois tambien muy rencoroso para con Francisco Maria Arouet. Entretanto no existe ya; pero como es posible guardar tanto rencor á los difuntos?

EL CONDE.

Pero sus obras no han muerto; viven; y nos matan ó asesinan: me parece que mi odio está plenamente justificado.

EL CABALLERO.

Enhorabuena; pero permitidme que os lo diga, es preciso que ese sentimiento aunque bien fundado en su principio, no nos haga ser injustos para con tan bello genio, y nos ofusque hasta el punto de hacernos desconocer, ese talento universal, que debe mirarse como una brillante propiedad de la Francia.

EL CONDE.

Brillante genio, cuanto querais, Caballero; pero no será menos cierto que al ensalzar á Voltaire, es preciso hacerlo con cierta mesura, casi quiero decir, de mala gana ó con violencia. La admiracion desenfrenada que muchas gentes le tributan, es la señal infalible de un alma corrompida. No hay que hacerse ilusiones: si alguno recorriendo su biblioteca se siente atraido hacia las obras de *Fernay*, es señal de que Dios no le ama. Muchas veces se han burlado de la autoridad eclesiástica que condenaba ó reprobaba los libros *in odium auctoris*; en verdad que no habia cosa mas justa. *Negad los honores del genio, al que abusa de sus facultades*. Si esta ley se observára severamente, bien pronto se verian desaparecer los libros envenenados: y pues que no depende de nosotros que se promulguen ó publiquen, guardé-

monos al menos de caer en la falta mucho mas reprehensible de lo que se cree, de exaltar sin tino ó medida á los escritores culpables, y á ese sobre todo. Ha pronunciado contra él mismo sin echarlo de ver, una sentencia terrible, porque es él quien ha dicho: *Un talento corrompido nunca fue sublime*. Nada es mas cierto, y por eso Voltaire, apesar de sus cien volúmenes, no fue nunca mas que *agradable*; esceptuo la tragedia, en que la naturaleza de la obra le obligaba á espresar nobles sentimientos ajenos de su carácter; y aun en la escena, que es su triunfo, no engaña á ojos ejercitados ó avezados. En sus mejores piezas, lo mismo se parece á sus dos grandes rivales, que un diestro hipócrita á un santo. No pretendo, por otra parte, disputar sobre su mérito dramático, y me atengo á mi primera observacion. Cuando Voltaire habla por sí solo, no pasa de ser *agradable*, nada le inflama ó le enciende, ni aun la batalla de Fontenai. Dicen que es *encantador*; tambien lo digo yo, pero creo que esta palabra es una critica. Por lo demas, no puedo sufrir la exageracion de llamarle *universal*. Por cierto que veo muy bellas escepciones en esta universalidad. Es nulo en la oda; ¿y quién pudiera extrañarlo? La impiedad arraigada habia apagado en él, la llama divina del entusiasmo. Tambien es nulo, y casi ridiculo en el drama lirico, porque sus oidos han estado cerrados enteramente á las bellezas armónicas, lo mismo que sus ojos á las del arte. En el género que parece ser mas análogo á su talento natural, se arrastra, es mediano, frio y muchas veces, (¿quien lo creyera?) pesado y grosero en la comedia, porque el malvado nunca es cómico. Por la misma razon, nunca ha sabido componer un epigrama, porque el mas pequeño sorbo de su hiel no puede llenar menos de cien versos. Si intenta la sátira, se desliza al libelo: es insoportable en la historia apesar de su arte, de su elegancia y de las gracias de su estilo; no pudiendo reemplazar ninguna cualidad las que le faltan, y que son la vida de la historia, la grayedad, la buena fe y la dignidad. En cuanto á su poema *épico* no tengo derecho de hablar; porque para juzgar un libro, es menester haberlo leído, y para leerlo es preciso estar muy despierto. Una monotonía soporifera pesa sobre la mayor parte de sus escritos, que no tienen mas que dos materias, la Biblia y sus enemigos: ó blasfema ó insulta; sus chanzonetas tan elogiadas, están no obstante muy lejos de ser irreprehensibles: la risa que escita, no es legitima, es mas bien un gesto. ¿No habeis reparado alguna vez, que el anatema Divino está escrito en su rostro? Apesar de haber trascurrido tantos años, todavia hay lugar de hacer la prueba. Id á observar su figura ó busto al palacio de *l' Ermitage*; siempre que la miro me felicito de que

no nos ha sido transmitida por ningún cincel descendiente de los griegos, que hubiera tal vez sabido darle un cierto bello-ideal. Aquí todo es natural. Hay tanta verdad en aquella cabeza, como pudiera haberla en una figura de yeso tomada sobre el cadáver. Mirad esa frente abyecta ó vil, que nunca enrojeció el pudor; esos dos cráteres apagados en los que parece que todavía hierven la lujuria y el odio. Esa boca, acaso digo mal, pero no es culpa mía. Ese rictus espantoso que cruza de una á otra oreja, y esos labios pellizcados por la cruel malicia, como un resorte dispuesto á soltarse para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo. No me habéis de ese hombre, no puedo ni aun acordarme de él. ¡Ah, cuánto mal nos ha hecho! Lo propio que ese insecto, el azote de los jardines, que no muerde si no la raíz de las plantas más preciosas. Voltaire con su *aguijón*, no deja de morder las dos raíces de la sociedad, las mujeres y los jóvenes; los empapa en sus venenos, transmitiéndolos de una á otra generación. En vano sus estúpidos adoradores para encubrir inexplicables atentados, nos aturden con tiradas ó trozos sonoros, en los que ha hablado particularmente de los objetos más venerados. Sus ciegos partidarios no conocen que ese es el medio de acabar, de condenar ó castigar á ese culpable escritor. Si Fenelon con la misma pluma con que pintó los gozos del Eliseo, hubiese escrito el libro *du Prince*, (del Príncipe), sería mil veces más vil y más culpable que Machiavelo. El gran crimen de Voltaire es el abuso del talento y la prostitución meditada, de un genio creado para celebrar á Dios y á la virtud. En vano alegar á como tantos otros, la juventud, la inconsideración, la impetuosidad de las pasiones, y para acabar de una vez, la triste debilidad de nuestra naturaleza. Nada le absuelve, su corrupción es de una clase á él solo peculiar, se arraiga en todas las fibras de su corazón, y se fortifica con todas las fuerzas de su entendimiento. Siempre ligado al sacrilegio, reta á Dios, al paso que pierde á los hombres. Con un furor sin ejemplo, ese insolente blasfemo, se declara por fin enemigo personal del Salvador de los hombres; se atreve desde el fondo de su nada, á darle un nombre ridículo, y á esta ley adorable que el Hombre-Dios trajo á la tierra la llama él *infame*. Abandonado de Dios que castiga al retirar su gracia, no conoce ya freno. Otros cínicos admiraron la virtud; Voltaire admira el vicio. Se sumerge en el fango, se revuelca y se consume; entrega su imaginación al entusiasmo del infierno, que le presta su fuerza para arrastrarlo hasta los confines del mal. Inventa prodigios de monstruos que hacen temblar. París le corona, Sodoma le habría desterrado. ¡Profanador atrevido de la lengua universal, y de sus nombres más grandes ó mejores, el último de

los hombres después de los que le aman! ¿Cómo os pintaré yo la sensación que me hace? Cuando considero lo que podía hacer y lo que ha hecho, no me inspiran sus inimitables talentos, más que una especie de santo furor, que carece de nombre. Perplejo entre la admiración y el horror, quisiera algunas veces, levantarle una estatua.... por mano del verdugo.

EL CABALLERO.

Ciudadano, veamos vuestro pulso.

EL CONDE.

¡Ah! aun me citáis á uno de mis amigos; (1) pero os responderé lo que él. *Antes veáis el invierno sobre mi cabeza* (2). Estos cabellos blancos os demuestran bien, que el tiempo del fanatismo, y aun de las simples exageraciones pasó ya para mí. Hay también una cierta *cólera racional* que concuerda muy bien con la sabiduría: El Espíritu-Santo mismo la ha declarado formalmente exenta de pecado (3).

EL SENADOR.

Después de la *salida racional* de nuestro amigo, ¿que podré yo añadir, sobre el *hombre universal*? Pero creed, mi muy querido caballero, que apoyándoos desgraciadamente en él, acabáis de exponernos á la peor tentación que pueda concebir el espíritu humano; y es la de creer en las leyes invariables de la naturaleza. Ese sistema, presenta seductoras apariencias y tiende á que no se ore más; es decir á perder la vida espiritual; porque la oración, es la respiración del alma, como creo que lo ha dicho M. de Saint-Martin; y quien deja de orar, deja de vivir. *No hay religión sin oración*, ha dicho ese mismo Voltaire que acabáis de citar (4). Nada es más evidente; y por una consecuencia necesaria.

Sin oración no hay religión. Ese es á corta diferencia, el estado en que nos hallamos; porque no habiendo orado los hombres nunca, sino en fuerza ó en virtud de una religión revelada, (ó reconocida por tal) á medida que se han aproximado al deísmo, que nada significa y nada puede, han dejado de orar, y ahora los veis encorvados hacia la tierra ocupándose únicamente de los estudios filosóficos y de las leyes, y habiendo perdido el más pe-

(1) J. J. Rousseau.

(2) Véase el prefacio de la *Nueva Eloisa*.

(3) *Irascimini et nolite peccare*. Salm. IV, 3.

(4) Lo ha dicho en el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu* etc. tom. I del *Alcoran* obras en 8.º tomo XVI. p. 332.

queño sentimiento de su natural dignidad. Tal es la desgracia de esos hombres, que ya ni aun pueden desear su propia regeneración, no tan solo por la razón conocida de que *no se puede desear lo que no se conoce*, sino tambien porque encuentran en su embrutecimiento moral, no se qué encanto horroroso, que es un castigo terrible. En vano se les hablará de lo que son y de lo que debian ser, sumergidos en la atmósfera divina, no quieren vivir, *mientras que si quisieran abrir la boca, atraerian al espíritu* (1). Tal es el hombre que no ora; y si el culto público, (no se necesitaria mas prueba de su indispensable necesidad) no se opusiese en algun modo á la degradacion universal, creo bajo mi palabra de honor, que al fin llegaríamos á ser unos verdaderos brutos. Nada iguala tambien la antipatia de esos hombres de que os hablo, á ese culto y á sus ministros. Por tristes confidencias me consta que hay algunos á quienes la atmósfera de una iglesia, los sofoca ú oprime positivamente, y les obliga á salirse de ella; mientras que las almas sanas se sienten penetradas de cierto rocío espiritual, que carece de nombre, pero que no necesita, porque no hay quien pueda desconocerlo. Vuestro Vicente de Lerins ha dado una regla famosa en materia de religion: ha dicho, que era preciso creer lo que ha sido creído, SIEMPRE EN TODAS PARTES Y POR TODOS (2). Nada hay mas verdadero, ni mas generalmente cierto. El hombre apesar de su fatal degradacion, lleva siempre señales evidentes de su origen divino, de manera, que toda creencia universal, es siempre mas ó menos verdadera; es decir, que el hombre puede muy bien tener encubierta, y por decirlo así, *embotada* la verdad, por los errores con que la ha sobrecargado, pero estos errores serán puramente locales, y la verdad universal, se mostrará ó manifestará siempre. Luego los hombres hanorado siempre y en todas partes. Sin duda han podido orar mal; acaso hayan pedido lo que no debian ó era necesario, ó bien no hayan pedido lo que lo era, y este es el hombre; pero siempre hanorado, y este es Dios. El bello sistema de las leyes invariables, nos llevaria rectos al fatalismo y convertiria al hombre en estatua. Protesto como lo hizo ayer nuestro amigo, que no pretendo insultar la razón. La respeto mucho apesar de todo el mal que nos ha hecho; pero lo que es bien seguro, es que cada vez que se oponga al *sentido comun*, debemos rechazarla como una envenenadora. Ella es la que ha dicho, *nada mas si lo que sucede ha de suceder; nada sucede mas de lo que debe suceder*; pero el buen sentido ha dicho; *si pedis tal*

(1) Salm. CXVIII. 131.

(2) Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.

cosa que debia suceder, no sucederá: en lo que el sentido comun ha razonado muy bien, mientras que la razón carecia de él. Y poco importa ademas que puedan oponerse á verdades probadas, ciertas sutilezas de que el razonamiento no sabe salirse al momento; porque no hay un medio mas infalible para creer ó incurrir en los errores mas groseros y funestos, que el de desecharse tal ó cual dogma, tan solo porque sufre una objecion que no sabemos resolver.

EL CONDE.

Teneis mucha razón, mi querido Senador; no puede admitirse ninguna objecion contra la verdad, pues de otro modo la verdad no existiria. Desde que su caracter se reconoce, la indisolubilidad de la objecion, no supone mas que falta de conocimiento por parte del que no sabe resolverla. Se ha atestiguado con Moises, la historia, la cronología, la astronomia, la geología etc. Las objeciones han desaparecido ante la verdadera ciencia; mas fueron muy sabios ó prudentes los que los despreciaron antes de todo exámen ó que no los examinaron mas que para hablar la respuesta ó solucion, pero no dudando nunca de que hubiese una. La objecion matemática tambien debe despreciarse, porque sin duda será una verdad demostrada; pero jamás podrá demostrarse que contradiga la verdad anteriormente demostrada. Supongamos que por un acuerdo suficiente de testimonios históricos, (que no hago mas que suponer) esté perfectamente probado que Arquimedes quemó la flota, ó armada de Marcelo, con un espejo ustorio: todas las objeciones de la geometria desaparecen. Por mas que se me diga; pero no sabeis que todo espejo ustorio, reúne los rayos en *la cuarta parte de su diámetro esférico; que no podeis alejar el foco, sin disminuir el calor, á menos que no agrandéis el espejo en proporcion suficiente, y que alejándolo lo menos posible de la flota romana, el espejo capaz de abrassarla, no habria sido menos grande que la ciudad de Siracusa? ¿Qué teneis que responder á esto?—Yo le diria, tengo solo que responder, que Arquimedes quemó la flota romana con un espejo ustorio. Kircher viene en seguida á explicarme el enigma: vuelve á hallar el espejo de Arquimedes, (*tulit alter honores*) y los escritores sepultados en el polvo de las bibliotecas, salen para dar testimonio al genio de ese docto moderno. Mucho admiraré á Kircher y aun le daré las gracias; sin embargo ninguna necesidad tenia de él, para creer. En aquel tiempo decian al célebre Copernico. *Si vuestro sistema fuese cierto, Venus tendria fases como la luna, es así que no las tiene, luego toda la nueva teoria desapa-**

rece. Esta era una objecion matemática en toda la fuerza de la palabra. Segun una antigua tradicion cuyo origen no tengo presente, respondió él; *confieso que nada tengo que responder, pero Dios concederá la gracia de que se halle una respuesta.* En efecto, hizo Dios la gracia, (aunque despues de la muerte del grande hombre) de que Galileo hallase los anteojos de larga vista, con los que vió las fases, ó figuras; de manera que la *objecion insoluble* ó *indisoluble*, se tornó en complemento de la demostracion (1). Este ejemplo da materia á un argumento, que me parece ser de la mayor fuerza, en las discusiones religiosas, y mas de una vez me he valido de él con ventaja, con algunos buenos talentos.

EL CABALLERO,

Me recordais una anécdota, de mi primera juventud. Habia en mi casa un anciano abate, *Poulet*, verdadero mueble del castillo, que en otro tiempo habia dado azotes, á mi padre y á mis tíos, y que se hubiera dejado colgar por toda la familia; algo moroso y siempre regañando, pero siempre el mejor de los hombres. Entré un dia en su gabinete, y habiendo recaido la conversacion no sé cómo, sobre las flechas de los antiguos: *¿Sabéis bien caballero, me dijo, lo que era una flecha antigua y cual era su celeridad? ¿Era tal, que la quarmicion de plomo que servia, digamoslo así, de lastre á la flecha se calentaba algunas veces por causa de la frotacion de aire, hasta llegar á deshacerse! Yo me eché á reir. Vamos, mi querido abate, vos chocheais. ¿Creeis que una antigua flecha fuera mas veloz que una bala moderna arrojada por un arcabuz estriado? No obstante veis que esta bala no se deshace.* Me miró con cierta risa sardónica, (y me hubiera enseñado todos sus dientes si los hubiese tenido), que queria significar bien terminantemente: No sois mas que un *hablador*; en seguida fue á buscar de encima de un velador carcomido, un libro viejo de Aristóteles que puso sobre la mesa. Lo ojeó durante algunos instantes; y dando en seguida algunos golpes con el reverso de la mano en el párrafo que habia hallado; *yo no chocheo, dijo, ved aquí un texto que los mas estirados arcabuceros del mundo no borrarán*

(1) No tengo idea alguna de este hecho. Pero el astrónomo inglés Keill, (*Astron. Lecturas XV*) citado por el autor del interesante elogio historico de Copernico (Varsovia en 8.º 1803, nota G. página 35), atribuye á este grande hombre, la gloria de haber predicho, que se reconocerian ó advertirian en Venus, las mismas fases que nos presenta la iuna. Supóngase lo que se quiera, el argumento queda siempre el mismo ó en pie: basta que se haya objetado á Copernico que su teoria estaba en contradiccion con una verdad matemática, y que Copernico en tal caso se hubiera visto precisado á responder lo que es incontestable *É PUR SI MUOVE.*

nunca, é hizo una señal en el márgen con la uña del pulgar. Varias veces he pensado en ese plomo de las antiguas flechas, que en este momento me recordais. Si lo que dice Aristóteles es cierto, ved aun una verdad que será fuerza admitir, en despecho de una objecion indisoluble sacada de la fisica.

EL CONDE.

Sin duda, si está probado el hecho, lo que no puedo examinar en el momento; me basta con sacar de la masa de estos hechos una teoria general, una especie de *fórmula*, que sirve á la resolucion de todos los casos particulares. Quiero decir: «Que siempre que una proposicion esté probada por el género, ó clase de prueba que le corresponda, la objecion cualquiera que sea, aun la *indisoluble*, no debe ya escucharse.» Resulta solamente de la imposibilidad de responder, que las dos proposiciones tenidas por verdaderas, no están de ninguna manera en contradiccion, lo que puede siempre suceder, cuando la contradiccion no está como suelen decir en *los términos*.

EL CABALLERO.

Quisiera comprender esto mejor.

EL CONDE.

Ninguna autoridad del mundo, por cierto, tiene derecho para manifestar que *tres*, no son mas que *uno*; porque sé lo que son *uno* y *tres*, y como el sentido enlazado ó unido á los términos, no cambia en las dos proposiciones, pretender que yo crea que *tres* y *uno*, son y no son una misma cosa, es mandarme creer de parte de Dios, que Dios no existe. Pero si se me dice que *tres personas no forman mas que una naturaleza*, mientras que la revelacion, de acuerdo tambien aunque sin necesidad, con las especulaciones mas sólidas de la psicología, (ciencia del alma) y tambien con las tradiciones mas ó menos oscuras de todas las naciones, me dé una demostracion suficiente; estoy pronto á creerlo, importándome poco, que *tres* no sean *uno*, porque no se trata de eso, sino de saber si *tres personas* pueden ser una *sola naturaleza*, lo que es ya otra cuestion diferente.

EL SENADOR.

En efecto; no pudiendo afirmarse la contradiccion, ni por las